
DESHUMANIZACIÓN EN ENFERMERÍA*

Ildefonso Sánchez**

"Cuando honestamente nos preguntamos que personas en nuestra vida significan más para nosotros, a menudo encontramos que son aquellas que, en lugar de darnos muchos consejos, soluciones o remedios, han elegido más bien el compartir nuestro dolor y acariciar nuestras heridas con mano tierna y suave. El amigo que puede estar junto a nosotros silencioso en momentos de confusión o de esperanza, que es capaz de permanecer con nosotros a la hora del duelo y dolor, que puede tolerar el no saber, el no curar, el no sanar y encarar con nosotros la realidad de nuestra impotencia. Es el amigo que cuida".

Nowen

Hablar de deshumanización en enfermería es un tema bien difícil, pero considero muy necesario, muy urgente hacerlo.

Mi punto de vista no es filosófico, ni jurídico, es simplemente el de un estudiante de enfermería que reflexiona sobre lo que ve, oye y siente dentro de su profesión. Me gustaría que sirviese esta reflexión para que profundicemos en el carácter humano de la enfermería, teniendo en cuenta que la enfermería es un servicio al hombre y que eso es precisamente lo medular de nuestra profesión, lo único que debe permanecer constante es la idea de hombre.

A medida que hemos avanzado en nuestra profesión, en nuestras prácticas, en el contacto con los docentes, personal de salud y, sobretodo, en el contacto con los pacientes, hemos podido darnos cuenta como este es relegado, olvidado, hemos notado como el paciente es cosificado. Si, olvidamos que él es persona, que tiene sus emociones, sus

angustias, sus inquietudes, su temor; olvidamos que él, integralmente, tiene su mundo.

Desafortunadamente tendemos a considerar el cuidar como una actitud del fuerte hacia el débil, del poderoso hacia el impotente, del que tiene hacia los que no tienen.

De manera que, la enfermería puede realmente perder su humanidad, y hasta volverse contra ella, siguiendo un itinerario cuyas etapas podría ser las que reflejan un proceder, primero menos humano, después deshumanizado, luego inhumano, para terminar siendo antihumano.

Para ilustrar lo anterior he escogido, entre muchísimos, el siguiente ejemplo:

Este es el fragmento de la carta de una estudiante de enfermería: "Soy una alumna que va a morir. Escribo esta carta a todas las que se preparan a ser enfermeras, con la esperanza de hacerlas partícipes de lo que yo experimento, a fin de que en un día estén, ojalá, más preparadas para ayudar a quienes van a morir. Me quedan todavía de uno a seis meses, tal vez un año, pero nadie quiere hablar de esto. Me encuentro por ello ante un muro sólido y frío. El personal no quiere ver al moribundo como persona, y, por consiguiente

* Ponencia presentada en el VI Encuentro Nacional de Estudiantes de Enfermería. Cali, 1993.

** Estudiante VII semestre Facultad de Enfermería Universidad Nacional de Colombia.

no quiere comunicarse conmigo. Yo soy el símbolo de su miedo. Entran de puntillas en mi habitación para traerme la medicación y tomarme el pulso, y desaparecen una vez cumplida la tarea ¡Soy yo la que muere! Me doy cuenta de su malestar pero no se que decir ni qué hacer. Les suplico que me crean. Si se preocupan de mí, no pueden hacerme daño. Díganme sólo que tiene esa preocupación, no necesito nada más.

Ciertamente surge en nosotros la pregunta de por qué y para qué, pero no esperamos en verdad que se nos de la respuesta. No huyan, tengan paciencia. Todo lo que necesito es saber que alguien estará a mi lado para coger mi mano entre las suyas cuando lo necesite.

Considerando que no es necesario ejemplarizar con casos muy renombrados, simplemente podemos remitirnos a nuestras propias experiencias y actitudes, como alguna vez una compañera, al llegar a la universidad luego de su práctica comunitaria, en Ciudad Bolívar, (el tugurio más grande de Latinoamérica) sostenía que no era "justo" que la enviaran a practicar a un sitio de esos. No se si fue más grande mi sorpresa o mi rabia, solamente le refuté que si acaso lo injusto era que le asignaran ese sitio de práctica, y no la situación de la gente de ese sector que no cuenta con servicios, que viven en medio de la inseguridad, en medio del olvido del Estado y el de nosotros, que viven en el más absoluto hacinamiento.

Estoy seguro que situaciones como estas son innumerables, y aptas, por su puesto, para ejemplarizar lo que estamos tratando. Obviamente dispendioso e imposible poderlas abarcar todas, pero queda la invitación para que los lectores las recuerden en este momento...

Lo anterior me llevó a buscar la razón para llegar a esta triste realidad, y, la verdad sea dicha, no fue necesario realizar una investigación exhaustiva ni buscar en recónditos rincones, ya que la respuesta, a mi parecer, está a ojos vista:

Es posible poder brindar el calor y la entrega necesaria cuando la persona, la enfermera, al terminar un turno tiene que salir en mil afanes para llegar a tiempo a cumplir con otro, ya que necesita de ambos salarios para poder vivir mas o menos holgadamente? Cuando su tiempo de descanso es mínimo, por no decir que ninguno?

Es posible poder brindar calor al paciente si en el trayecto al hospital o al sitio de trabajo

vemos la miseria, vemos como hay un inmenso pueblo que se debate entre la vida y la muerte a causa del hambre, vemos como los basureros son invadidos diariamente por miles de familias en busca del pan?

Como poderlo si, paradójicamente el Estado se consume 2400 millones de pesos diarios en el gasto militar, en un cuerpo de policía plagado de delincuentes, mientras no se dispone un verraco peso para la salud y en las puertas de los hospitales se nos muere la gente, ya que no contamos con un par de guantes o una gasa para aunque sea prestarle la mínima asistencia material?

Definitivamente no podemos olvidar nuestro medio, no podemos olvidar la situación crítica de nuestro país y dedicarnos solamente a la enfermería.

Definitivamente no podemos hacer a un lado el hecho de que también tenemos nuestras emociones, nuestros sentimientos, nuestras sensaciones, nuestras angustias, nuestras inquietudes, nuestros temores; no podemos hacer a un lado el hecho de que nosotros también, integralmente tenemos nuestro mundo, OJO, no podemos hacer a un lado el hecho de que somos personas antes que enfermeros.

Y como personas, gracias al Todopoderoso, tenemos situaciones ejemplares, aunque desafortunadamente en menor proporción.

Cito el caso de la hija de un gran empresario colombiano, a quien, una vez terminada su carrera de enfermería, y por su situación económica y social se le ofrecieron cargos en los que obtendría sueldos elevadísimos a cambio de una carga mínima de trabajo.

A pesar de todo nunca se sintió realizada ni laboral, ni personalmente y finalmente optó por viajar a la República de Zaire a trabajar –sin remuneración– con una comunidad afectada por el *sida*. Hoy día es una de las víctimas de la enfermedad, pero continúa con su labor humanitaria. Ella refiere, entre otras cosas, estar ejerciendo a plenitud su profesión.

Tampoco en este caso considero necesario ejemplarizar con casos renombrados, por eso vale la pena recordar al compañero de nuestra facultad a quien, en el Hospital San Juan de Dios, le fue asignado un paciente indigente cuyo diagnóstico correspondía a insuficiencia cardiaca congestiva global.

Obviamente, cuando le ordenaron salida su única opción era volver a la calle; pero este compañero, aún teniendo a su familia en con-

tra, lo llevó a su casa, le ofreció su cama y por lo menos le procuró una muerte digna.

Estoy convencido que para esto, no se necesita ser santo, ni ejercer un apostolado. Simplemente amar lo que se está haciendo y dar lo mejor de nosotros a la profesión, brindar lo mejor de nosotros a los demás.

Pues bien, es muy probable que al final de esta lectura se tenga la impresión de un pesimismo total. Nada más alejado de mi propósito, nada más extraño a cuanto he querido ofrecer a los lectores. Aún cuando me veo obligado a confesar que no por esto me sitúo en el sentimiento contrario, el optimismo.

En relación con el porvenir de la persona humana, el porvenir de nuestra profesión, estoy lejos de ser pesimista pero me interesa dejar en claro que no me dejaría encuadrar en la más moderada de las posturas optimistas.

De manera que se puede preguntar cuál es entonces mi posición? Diré que ninguna. Popularmente se dice que el optimista es un imbecil feliz y el pesimista un imbecil desgraciado. Afortunadamente existe la esperanza y la esperanza es una virtud. Gracias a ella podemos no ser ni imbeciles felices ni imbeciles desgraciados, lo cual no nos impide sentirnos desgraciados o felices, pero sin ser imbeciles... Eso si, en caso de no existir la esperanza, escogería el camino de los pesimistas.

Como síntesis de todo lo expuesto podría quedar una invitación a los profesionales de Enfermería a empaparse aún más de humanidad, a asumir, sin reducirla, la condición humana, a profundizar en el conocimiento y en la dignidad que entraña; a enlazar, en fin, de manera inseparable, su ciencia y su conciencia.